

Bolivia: entre la esperanza y el caos

En medio de la crisis energética de California (Estados Unidos) y del Brasil, Bolivia emerge como una solución de mediano plazo gracias a su potencial exportador de gas natural. Esta opción puede transformar el perfil productivo de la nación andina y generar los recursos necesarios para superar el ancestral atraso económico y la postración social. Pero no tan pronto. Antes debe superar la profunda crisis política e institucional en que se debate desde hace un año, la cual amenaza revertir las costosas transformaciones institucionales adelantadas durante los últimos quince años e inclusive, según algunos observadores, la propia estabilidad del Estado.

Bolivia fue el primer país latinoamericano que desarrolló a fondo transformaciones radicales en el modelo de industrialización proteccionista y adoptó las políticas del denominado "consenso de Washington", desde mediados de los años ochenta.

Las reformas estructurales bolivianas fueron precipitadas por la hiperinflación de 26.000 por ciento alcanzada a mediados de 1985. El éxito logrado en la estabilización de los precios le permitió a Bolivia avanzar reformas pioneras en América Latina en los ámbitos institucional y político. Las más destacadas fueron la descentralización (municipalización) y la reforma electoral. Esta última consolidó la competencia electoral entre los tres partidos mayoritarios como expresión de la democracia representativa.

Durante varios años el "modelo boliviano" fue considerado paradigmático por parte de muchos académicos ortodoxos y por las instituciones financieras internacionales que avalaron la aplicación de las políticas y financiaron los programas fundamentales.

Según un oportuno y valioso estudio de Eduardo Gamarra ("When Innovation is Not Enough: Democratic Breakdown in Bolivia") las reformas, que se propusieron reducir el rol del Estado, tuvieron la virtud de salvarlo del colapso. Pero las mismas no parecen suficientes a la luz de los conflictos que han hecho crisis durante el último año. "La pobreza crítica, el desempleo y la exclusión empotrada han dado como resultado dos Bolivias separadas, una urbana, blanca y beneficiaria de los procesos de democratización y reforma económica, y otra indígena o mestiza, pobre, urbana y rural, y depositaria indirecta de los costos de la estrategia de desarrollo económico".

En efecto, Bolivia cumple ya más de un año, durante la administración del general retirado Hugo Bánzer, de rutinarias confrontaciones entre diferentes sectores de la sociedad civil y el gobierno central. Las protestas han significado bloqueo de carreteras, destrucción de infraestructura vial, marchas sobre La Paz, muerte de manifestantes y policías, y un clima de incertidumbre que llevó recientemente al diario BBC Mundo a titular "Quién gobierna en Bolivia?". El expresidente Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997), desde finales del 2000 pidió la renuncia del

presidente Bánzer. Y lo que es más grave, según Gamarra, entre los sectores radicales de la sociedad civil se escuchan llamados genéricos a construir un gobierno de obreros y campesinos, a desconocer la legitimidad de los poderes legislativo y judicial y en todo caso, a aprovechar la crisis para demandar del Estado todo tipo de soluciones sociales imposibles de atender.

Según el mismo autor, el núcleo de la crisis se encuentra en la ruptura entre las instituciones públicas y las organizaciones de la sociedad civil. En especial la incapacidad de los partidos políticos tradicionales, los que respaldaron y dieron sentido a las reformas modernizantes de los últimos años, para dar cabida y fluidez a las demandas de participación de la sociedad civil, notablemente las demandas de los pueblos indígenas.

Así, las reformas modernizantes no son reconocidas como soluciones a los problemas del país profundo sino como imposiciones del país político (acomodado, mestizo y urbano) sobre país nacional (pobre, indígena y rural). Más aún, según estudios citados por Gamarra la intolerancia surge como un rasgo típico de la propia participación política organizada, amenazando sobretodo los derechos de las minorías.

Para colmo, la corrupción, pública y privada, se mantiene campante. Transparencia Internacional estimó que en el año 2000 Bolivia fue el país más corrupto del planeta. Esto profundiza la brecha entre la sociedad civil y el sistema institucional, en especial los partidos políticos tradicionales.

La situación económica no es menos preocupante. Desde 1999 la economía se encuentra estancada. Ese año creció 0.4%, en el 2000 alcanzó 2.4 y se espera un mediocre 2.2 para el 2001. El desempleo es creciente (6.1% en el 2000) pero las actividades informales pueden ocupar al 70% de la población. Los resultados de las reformas económicas son mediocres. En 1988 la agricultura representaba el 17.7% del valor agregado, la industria el 32.7% y los servicios el 49.6%. En el 2000 la agricultura cayó al 15.3%, la industria alcanzó 34.6% y los servicios continúan en el 50.1%. En realidad el mismo perfil productivo con un sobredimensionado sector informal camuflado como servicios.

Las exportaciones permanecieron estancadas durante dos décadas: en 1980 alcanzaron 942 millones de dólares y apenas 1.215 millones en el 2000. El único producto "nuevo" de importancia ha sido la soya. Durante la última década las importaciones de bienes siempre superaron a las exportaciones. En suma, la apertura comercial no ha conducido a Bolivia a una inserción creativa en la economía internacional. Y el mejor de los futuros inmediatos la puede llevar a depender más de un recurso natural: el gas natural.

Los retos de Bolivia son grandes pero el país tiene fundadas esperanzas. Veamos.

- Como en el pasado reciente, la democracia debe encontrar cauces para superar la crisis actual. En especial, como afirma Gamarra, debe lograr que

los ciudadanos acaten la legitimidad de las instituciones y el Estado controle el territorio nacional. La clave está en lograr que las organizaciones de la sociedad civil participen del sistema político.

- La crisis actual puede ser fundacional. La sociedad está tomando conciencia que la estabilidad de largo plazo depende de la superación de la brecha histórica entre el país profundo y el país político. Tal vez no es suficiente la legitimidad surgida de la competencia electoral. Se requieren espacios institucionales de participación en el poder cultural, educativo e informativo (del conocimiento), económico, social y político, a los cuales accedan los nuevos actores sociales emergentes.
- Las autoridades confían en erradicar este año las últimas 1.700 hectáreas de cultivos ilícitos. Los éxitos de los programas de desarrollo alternativo emprendidos requieren continuidad, profundidad e innovación.
- La comunidad financiera internacional ha favorecido a Bolivia con programas de reducción y condonación de deuda externa. Aún así, los 4.426 millones de dólares restantes son un pesado lastre, máximo cuando concluyó el programa de privatizaciones, el cual operó como fuente de divisas en el pasado reciente. Una buena señal la constituye el anuncio hecho en julio del 2000 por parte de la CAF de cofinanciar, con Brasil, 260 millones de dólares para reactivación económica e infraestructura vial.
- Algunos cálculos optimistas estiman que Bolivia puede incrementar hasta en 8 veces el monto de ingresos por exportaciones de gas natural al Brasil y California. Estas alcanzaron 120 millones de dólares en el 2000. Esos recursos pueden ser la fuente de financiamiento soberano de las transformaciones sociales y productivas pendientes y no, como en experiencias de otros países, fuente de nuevos conflictos y de inestabilidad monetaria interna.

Consultar:

- Gamarra, Eduardo, 2001, "When Innovation is Not Enough: Democratic Breakdown in Bolivia", Proyecto "Escenarios Andinos" del Programa América Latina 2020 de la Red de Cooperación Eurolatinoamericana, RECAL - LACC, mimeo, 2001
- <http://www.cepal.org/publicaciones/DesarrolloEconomico/3/LCG2123/Bolivia.r>

- www.bbcmundo.com (publicado el 15 de julio 2001)
- www.eiu.bvdep.com